

HIPOCRATES

SOBRE LA MEDICINA ANTIGUA

(Traducción y notas de José Alsina)

Introducción

Ofrecemos al lector las primicias de una edición bilingüe del *Corpus hipocrático* que va a entrar en breve en prensa para aparecer en la Colección de las Universidades españolas (Barcelona, Alma Mater). El cuerpo de las obras llamadas hipocráticas ofrece un interés constante a los estudiosos, no sólo de la historia de la medicina, sino, asimismo, a los interesados en la historia de la cultura. El influjo que la metodología hipocrática ha ejercido sobre TUCÍDIDES y posiblemente sobre PLATÓN, aparte el valor intrínseco de la obra hipocrática, justifican sobradamente nuestro intento. Tanto más cuanto que HIPÓCRATES no ha sido jamás no ya editado, sino ni siquiera traducido íntegramente a nuestra lengua.

Ofrecemos, pues, al lector, una muestra de nuestro trabajo, que comprenderá la edición, acompañada de un aparato crítico, la versión con amplias notas, sobre todo relativas a cuestiones médicas, y un estudio general sobre la medicina griega y, en particular, la hipocrática. Escogemos el tratado *Sobre la medicina antigua* por su innegable interés filosófico y metodológico, puesto que no es del todo improbable (cfr. DILLER, *Hermes*, 80-1952, 385 ss.) que haya habido influjos mutuos entre PLATÓN y este tratado (últimamente, KÜHN, *System- und Methodenprobleme in Corpus hippocraticum*, Wiesbaden, 1956, ha intentado invertir el orden de la relación, sosteniendo que ha sido PLATÓN, en todo caso, quien ha traspuesto las doctrinas hipocráticas al campo filosófico, y no a la inversa como supone DILLER).

Hemos seguido para la traducción un método literal, procurando explicar en las notas los problemas que plantea la terminología hipocrática. El tratado "Sobre la antigua medicina" es un escrito polémico contra los representantes de la "nueva medicina" o medicina especulativa, frente a la cual el autor defiende los métodos antiguos y la medicina tradicional, que es, según el autor, la legítima y la única que merece tal nombre.

En las notas damos la principal bibliografía sobre el tratado. El lector interesado hallará muy buena información en la edición comentada de A. J. FESTUGIÈRE (*Hippocrate, L'ancienne médecine*, París, 1948).

SOBRE LA MEDICINA ANTIGUA

I. Todos cuantos han emprendido la tarea de hablar o escribir sobre medicina apoyándose, como postulado, en lo caliente o lo frío, en lo húmedo o en lo seco o en cualquier otro principio que ellos quisieran, reduciendo al máximo la raíz originaria de las enfermedades y de la muerte en los humanos, y atribuyendo a todos los casos solamente una causa o dos,¹ se equivocan evidentemente en muchas de las cosas que afirman, pero son, sobre todo, dignos de ser censurados por el hecho de que se equivocan en un arte que de verdad existe,² que todos emplean en las circunstancias más importantes³ y que honran principalmente en la persona de los buenos practicantes y profesionales. Pues entre los profesionales los hay mediocres, pero otros son muy ilustres. Y si no existiera bajo ningún concepto una ciencia médica y no se hubiera realizado en este terreno investigación ni descubrimiento alguno, no tendría razón de ser, sino que todos serían inexpertos y desconocedores de ella en el mismo grado y el tratamiento de los enfermos se prescribiría al azar.⁴ El caso es que ello no sucede así, sino que, del mismo modo que los profesionales de todas las demás artes⁵ se diferencian en mucho unos de otros tanto en habilidad manual como intelectual, así sucede también con la medicina. Por esa razón yo no he creído jamás que la medicina necesitara un nuevo postulado⁶ como si tratara de cosas desconocidas y oscuras, acerca de las cuales es forzoso, si uno se propone tratar de ellas, apoyarse en un postulado, como ocurre, por ejemplo,

1. Esto es, una si se toma sólo uno de los compuestos (caliente o frío), dos si se considera el conjunto. Como señala FESTUGIÈRE (p. 26, nota 2 de su edición), desde el punto de vista científico el método atacado por el autor del tratado es absolutamente válido, puesto que hoy (cfr. G. BACHELARD, *La formation de l'esprit scientifique*, París, 1938 *passim*; JOLX, *Le niveau de la science hippocratique*, París, 1966, 32 s.) se está de acuerdo en que no se deben multiplicar las hipótesis ni las causas. Lo que ocurre es que este principio, en sí válido, está mal aplicado.

2. Los comentaristas no están de acuerdo sobre el verdadero sentido de este pasaje. JONES entiende "*in what is an art*", mientras que FESTUGIÈRE traduce "*sur un art qui existe bien réellement*". Creemos que FESTUGIÈRE está en lo cierto, por lo que le hemos seguido en nuestra versión: el autor del tratado quiere decir que el arte médico existe y que, por lo tanto, no es preciso ir a la búsqueda de un nuevo método.

3. Si la medicina se aplicara al azar no sería una τέχνη, sino una simple τύχη. Cfr. ARISTÓTELES, *Met.* A, 1, 980 b y s., donde se traza la diferencia entre estos dos conceptos capitales en la historia del pensamiento helénico. La oposición τύχη τέχνη es paralela de la existente entre τύχη σοφία tal como la hallamos formulada en DEMÓCRITO (68 B, 197 D. DIELS-KRANZ), autor que ha influido notoriamente sobre la terminología y las ideas hipocráticas. Cfr. NESTLE, *Hermes*, 1938, 1 s.

4. Sobre el valor de la salud — y por ende de la medicina — cfr. las palabras de ΣΕΞΤΟ ΕΜΠÍΡΙΚΟ citando a ΗΡÓΦΙΛΟ (ΣΕΞΤΟ, *Adv. Math.* XI, 50): 'Ηρόφιλος δὲ ἐν τῷ Διαιτητικῷ καὶ σοφίαν ἀνεπίδεικτον, καὶ τέχνην ἀδηλον καὶ ἰσχύον ἀναγωνιστον καὶ πλουτον ἀχρείον καὶ λόγον ἀδόνατον, ὕψιαις ἀπούσης.

5. Durante la segunda mitad del siglo v comienzan a multiplicarse los tratados especializados, indicio de un cierto augeo en la especialización de las ciencias (música, rítmica, equitación, arquitectura, poética, política, etc.).

6. O, según la lectura κεύης, de JONES, "un postulado vacío". Es decir, la Medicina no necesitaría postulado o hipótesis alguna, le basta con la observación y la experiencia.

con los fenómenos celestes⁷ o los subterráneos; fenómenos que, si uno intenta explicarlos y definirlos, no resulta claro si son o no así, ni para el que hace uso de la palabra ni para el auditorio, pues no existe ningún punto de referencia en el que apoyarse para conocerlo correctamente.

II. Por el contrario hace ya tiempo que la medicina dispone de todos sus medios y que se ha creado un principio y un método con cuya aplicación ha realizado muchos y valiosos descubrimientos durante un largo período de tiempo, y descubrirá los restantes si uno, además de ser apto y estar al corriente de los descubrimientos, los toma como punto de partida para proseguir en su investigación. Y aquel que, después de haberlos desechado y rechazado por ineficaces, intenta buscarlos de nuevo con otro método y otro procedimiento, y pretende haber descubierto algo, se ha engañado por completo y vive en completa ilusión, pues ello es imposible. Por qué razones es imposible, intentaré demostrarlo en este tratado explicando qué es el Arte.⁸ De tales explicaciones resultará evidente que no se puede realizar descubrimiento alguno si no es con este método. Ahora bien, me parece muy conveniente que, al disertar sobre este Arte, se emplee un lenguaje accesible a los no iniciados, pues no se debe indagar ni hablar de otra cosa que no sean los dolores que él mismo sufre y padece. En efecto, no es fácil que ellos, al ser profanos en la materia, conozcan por sí solos sus propios males y sepan cómo se producen y cómo cesan y por qué motivos^{8 bis} aumentan o disminuyen. En cambio es fácil que comprendan los descubrimientos y explicaciones de otra persona, pues cada uno, al escucharle, no hace sino recordar⁹ lo que a su vez le ha ocurrido. Ahora bien, aquel que no logra captarse la atención de su auditorio ni ponerle en tal disposición de ánimo no dará con la realidad. Por estas razones, pues, no hay necesidad alguna de un postulado.

III. En un principio no se habría descubierto la medicina ni se habría investigado en este campo (pues no se habría sentido la necesidad) si a los enfermos les hubiera sido conveniente llevar el mismo género de vida y comer lo mismo que comen, beben y demás cosas que hacen los que están sanos, y si no hubiera habido ningún otro remedio mejor que esto. La verdad, empero, es que la necesidad misma ha obligado a los hombres a estudiar y descubrir la medicina, puesto que no convenía, como no con-

7. Según BURNET (*Plato's Apology*, Oxford, 1924, 76), el estudio de los *ματέωρα* sería objeto propio de la física jónica. Tal tendencia fue reemplazada en Atenas por el estudio del hombre (SÓCRATES), pero con EPICURO (cfr. su *Carta a Pitocles*) vuelve a empalmar con la tradición, representada, en la misma Atenas, por ANAXÁGORAS.

8. En el *Corpus* hipocrático es frecuente denominar "arte" a la medicina (cfr. el tratado *περί τέχνης*). En GALENO, en cambio, hallamos ya otras denominaciones (*ιατρική μέθοδος*, por ejemplo).

8 bis. Sobre *προφάσεις* y su valor en TUCÍDIDES, cfr. K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratischen Schriften*, Heidelberg, 1954, 8 s., y últimamente, LICHTENHAELER, *Thucydide et Hippocrate*, Ginebra, 1965, 50 s. (y mi reseña en *BIEH*, II, 1, 1968, 75).

9. El procedimiento de la anamnesis (todavía utilizado en medicina) puede ser uno de los muchos términos que PLATÓN ha tomado de la terminología hipocrática (cfr. A. F. TAYLOR, *Varia socratica*, Oxford, 1911, 214 s.).

viene ahora, que los enfermos tomaran los mismos alimentos que las personas sanas. Es más, personalmente yo opino que ya desde antiguo no se habrían descubierto ni el régimen de vida ni la alimentación que actualmente practican, si al hombre le hubiera bastado comer y beber lo mismo que un buey o un caballo o cualquier otro animal excepto el hombre, como, por ejemplo, los frutos de la tierra, cereales, follaje y yerba. Pues de ellos se alimentan y gracias a ellos viven y crecen sin esfuerzo alguno y sin necesidad de ningún otro régimen. Es más, yo creo que, en un principio al menos, el hombre se sirvió de ese tipo de alimentación¹⁰ y que los medios de vida actuales, a mi juicio, han sido descubiertos y puestos en práctica tras un largo período de tiempo. En efecto, como sufrirían numerosas y terribles dolencias debido a su régimen violento y brutal, al nutrirse de alimentos crudos y sin mezclar, y muy fuertes,¹¹ del mismo modo que incluso hoy sufrirían, viéndose aquejados, además, por crueles dolores, enfermedades y rápida muerte (sin duda entonces era menos corriente experimentar esas afecciones por haberse habituado ya; pero incluso entonces se resentían de ello profundamente, y era lógico que la mayoría de ellos, que tenían una naturaleza débil, pereciera y que, en cambio, los que eran más fuertes resistieran más tiempo), del mismo modo como también ahora unos digieren una alimentación demasiado fuerte y otros después de muchos sufrimientos y dolencias — por esta razón creo yo que también ellos buscaban una alimentación que se adaptara a su naturaleza y que descubrieron la que hoy tomamos.¹² Así, pues, tomaron granos de trigo y, después de haberlos mojado, desgranado, molido, cribado, amasado y cocido, hicieron con ellos pan y, con cebada, una especie de pasta, y, después de haber hecho muchas otras operaciones con ella, la cocieron, la asaron, la mezclaron; templaron sus elementos fuertes y puros con otros más flojos, modelando todas las cosas según la constitución y capacidad humana, puesto que creían que si los alimentos eran demasiado fuertes la naturaleza no podría asimilarlos una vez absorbidos, y que, como consecuencia de ello se derivarían dolores, enfermedades, muerte; mientras que de todos los que pudiera digerir, buena nutrición, crecimiento y salud. Ahora bien, a esta búsqueda y descubrimiento ¿qué otro nombre más justo o más apropiado podría imponérsele sino el de medicina, ya que ha sido hallado para la salud, salvación y alimentación del hombre en sustitución de aquel régimen de vida del que se originaban sufrimientos, enfermedades y muerte?

IV. Por otra parte, nada tiene de extraño que no se tenga esa práctica como un arte. Pues un arte en el que nadie es profano, y del que, por el contrario, todos son, hasta cierto punto, iniciados en razón de la práctica

10. Esto es, "crudos".

11. Literalmente "con muchas cualidades" (*δυναμίτας*). Sobre este término y su significado, que procede de ALCEMÓN, cfr. JONES, *Philosophy and Medicine*, 93 y ss. y H. W. MILLER, *Dynamis and Physis in On Ancient Medicine* (TAPhA, 1952, 184 ss.).

12. Se ha señalado con frecuencia la relación existente entre este texto y la llamada arqueología de TUCÍDIDES (así JOLY, *Le niveau de la science hippocratique*, 157) y con las doctrinas sofisticas de la evolución de la humanidad (PROTÁGORAS, CRICIAS, etc.). Cfr. TH. GOMPERZ, *Pensadores griegos* (trad. esp.), I, 321 y ss.

y necesidad, no se puede decir de nadie que sea profesional. Y, con todo, no deja de ser un gran hallazgo que ha exigido muchas investigaciones y mucha experiencia. Al menos, todavía hoy los que dirigen los gimnasios y los ejercicios atléticos¹³ realizan constantemente nuevos descubrimientos buscando con el mismo método lo que el hombre debe comer y beber para asimilarlo mejor y fortalecerse.

V. Mas examinemos lo que unánimemente pasa como arte médico, descubierto para el tratamiento de los enfermos, arte que tiene un nombre y unos profesionales, y veamos si se propone los mismos fines y en qué época se ha constituido. Por lo que a mí respecta, según dije al principio, me parece que nadie la hubiera estudiado si el mismo género de vida hubiera sido apto tanto para los enfermos como para los sanos. Al menos hoy en día los que no practican la medicina — que son los bárbaros y algunos pueblos griegos — siguen el mismo régimen de vida que el que practican cuando están sanos, buscando sólo su placer, y jamás se abstendrían de nada de lo que les gusta ni se privarían de ello. En cambio, los que han estudiado y descubierto la medicina con el mismo objetivo que aquellos de los que he hablado en párrafos anteriores, empezaron, me imagino, por suprimir algo de la cantidad de estos mismos alimentos y prescribieron, en vez de muchos, los menos posible. Y como esto dio buen resultado algunas veces para determinados enfermos, se evidenció que les era útil, si bien no para todos, sino que algunos eran de tal naturaleza que no podían digerir siquiera unos pocos, y como parecía que estos tales tenían necesidad de algo más ligero, descubrieron los cocidos, tras mezclar una pequeña cantidad de alimentos fuertes con mucha agua y de sustraer su ardor por medio de la combinación y la cocción. Finalmente, a aquellos que no eran capaces de digerir siquiera los cocidos, se los suprimieron por completo, y se quedaron con las bebidas, no sin procurar que éstas fueran bien mesuradas en las mezclas y en la cantidad, suministrándoselas ni en número mayor ni más concentradas o más diluidas de lo debido.

VI. Conviene también saber que los cocidos no son saludables a determinadas personas durante la enfermedad, sino que, al tomarlos, los dolores y la fiebre se les agudizan visiblemente, y lo ingerido se convierte, evidentemente, por una parte en fomento y desarrollo de la dolencia, y por otra en agotamiento y debilidad del cuerpo. Y todos aquellos que, encontrándose en tal situación, tomen alimentos sólidos, ya sea pan de cebada ya pan normal, aunque fuera en poca cantidad, sufrirán diez veces más y de forma mucho más patente que si tomaran los cocidos, por la sencilla razón de que el alimento es demasiado fuerte para la condición del enfermo. En

13. La decisiva importancia de la gimnasia en el régimen fue abordada en el siglo v por HERÓDICO de Selimbria (cfr. PLATÓN, *Rep.*, III, 406 a). Por otra parte en la época de PLATÓN era frecuente establecer el paralelo entre gimnástica y medicina (así, PLATÓN, *Gorgias*, 452 a). Como se sabe, GALENO escribió un tratado en el que se discutía si la salud era la meta de la gimnasia o de la medicina (TRASÍBULO, editado por HELMREICH en los *Scripta minora* del gran médico, Leipzig, Teubner, 1893, 33 ss.).

cuanto a aquel a quien prueban los cocidos, pero no el alimento sólido, se verá mucho más perjudicado si lo toma en gran cantidad que si toma poco, y aun tomándolo en pequeña cantidad se resentirá. Todas las causas del dolor remontan, pues, a una misma razón: que los alimentos más fuertes perjudican al máximo y en la forma más patente al hombre, tanto si está sano como enfermo.

VII. ¿En qué se diferencia, pues, la intención de aquel a quien llamamos médico y, de forma unánime, un profesional, el cual ha descubierto el régimen de vida y la alimentación apropiados a los que están enfermos, de la de aquel hombre primitivo que descubrió y preparó la alimentación que todavía hoy todos nosotros tomamos en sustitución de aquel régimen brutal y salvaje?¹⁴ A mí me parece desde luego que el principio es el mismo y uno solo y similar el descubrimiento. Pues el uno se propuso suprimir aquellos alimentos que, una vez ingeridos, la naturaleza humana no podía asimilar en buenas condiciones debido a su brutalidad e incontinenacia; el otro, todos aquellos que no podían asimilar el estado particular de determinada persona en determinada circunstancia. ¿En qué estriba, pues, la diferencia entre una y otra, a no ser que esta última tiene más facetas, es más complicada y de mayor envergadura que aquella que, por otra parte, por haber sido la primera, ha fijado el punto de partida?

VIII. Ahora bien. Si se compara el régimen de los enfermos con el género de vida de los sanos¹⁵ se verá que no es más perjudicial que el de los hombres sanos comparado con el de las fieras y otros animales. Sea, por ejemplo, un individuo afectado por una dolencia de pronóstico no grave, una dolencia que no carezca de posibilidad de curación, pero que tampoco sea leve, sino de tal índole que se resienta mucho más profundamente de las consecuencias de un error dietético, tanto si quisiera comer pan como carne u otro alimento del tipo de los que sientan bien si quien lo toma está sano; sea, por otro lado, una persona que goza de buena salud y cuya constitución no sea ni absolutamente débil ni excesivamente fuerte: pues, bien, si este individuo comiera algo de lo que sienta bien a un buey o a un caballo y los nutre, sea arveja o cebada u otro alimento, no mucho, sino menos del que pudiera tomar después de haber ingerido estos alimentos, no correría menos peligro que aquel que no se encuentra bien y ha comido inoportunamente pan o pasta de cebada. Todo lo dicho son pruebas de que el arte de la medicina podría ser descubierto en toda su integridad si se prosiguiera su estudio con los mismos métodos.

IX. Es cierto que si todo fuese tan simple como se ha indicado, esto es, que todos los alimentos fuertes en exceso son nocivos, en tanto que son

14. Como se sabe, es un rasgo típico del espíritu helénico la fuerte tendencia a atribuir a una única persona la "invención" de los grandes progresos humanos, que, de esta manera, se descubren de una vez para siempre. Cfr. sobre el tema, KLEINGÜNTHER, Πρώτος εὐρητής; (Phil. Suppl. XXVI, 1933).

15. Sobre el gran valor que la dietética adquiere en nuestro tratado, cfr. las palabras de JOLY (*Le niveau*, p. 158): "V. M. est l'œuvre d'un diététicien. Pour lui, la médecine se ramène essentiellement au régime".

saludables y nutritivos los débiles, tanto para el enfermo como para el que se halla en perfectas condiciones de salud, la cosa resultaría muy fácil de resolver. En efecto, sólo se precisaría un buen margen de seguridad y cargar el acento en los alimentos débiles. Pero la verdad es que no se comete una equivocación menor ni se daña menos al hombre si se le prescribe una dieta insuficiente e inferior a la necesaria, pues el impulso del hambre¹⁶ ejerce gran influencia en la naturaleza humana y puede enflaquecer, debilitar e incluso causar la muerte. Sin duda, muchas otras consecuencias causa la abstinencia y, si bien son distintas de las que se derivan de la hartura, no por ello son menos peligrosas. Por esta razón las cosas son mucho más complicadas y requieren un método estricto. Hay que tender, por lo tanto, a una cierta medida.¹⁷ Ahora bien, no se podrá hallar otra medida, número o peso en relación a lo cual poder alcanzar la exactitud a no ser la sensación del cuerpo.¹⁸ Por ello es ardua la tarea de profundizar en la materia hasta el mínimo detalle de modo que sólo de vez en cuando se cometan pequeños errores, y yo elogiaría, por mi parte, extraordinariamente al médico que sólo se equivocara en detalles nimios.¹⁹ Mas, por desgracia, rara vez podemos emitir un juicio exacto. De hecho, a la mayoría de médicos les ocurre, me imagino, lo que a los malos pilotos:²⁰ mientras estos últimos cometen errores pilotando en un mar en calma sus fallos no se evidencian; mas cuando una gran tormenta y un viento adverso se abaten sobre ellos, resulta patente a la vista de todos que han perdido la nave por culpa de su impericia e ignorancia. Del mismo modo cuando los malos médicos, que son mayoría, tratan a enfermos que no padecen graves afecciones y a los que, si se diera el caso de cometer con ellos los peores errores, no se les causaría ningún daño serio (pues son muchas las enfermedades de este tipo y atacan a los hombres con más frecuencia que las graves) si se equivocan, pues, en esto no se ponen en evidencia ante los profanos; mas en cuanto se encuentran con un caso grave, terrible y peligroso, entonces sí que sus fallos y torpeza se ponen de manifiesto a los ojos de todo el mundo, pues para unos y otros el castigo no se hace esperar, sino que se presenta rápidamente.

X. El hecho de que se deriven no menos sufrimientos de la intempestiva abstinencia que de la hartura es bueno aprenderlo tomando como referen-

16. Para esta curiosa expresión (λιποῦ μένος) cfr. *Régimen enferm. agudas*, 63 (donde se habla de τὸ ἀπὸ τοῦ οἴνου μένος).

17. Sobre la idea de "medida" en el *Corpus* hipocrático, cfr. W. MÜRI, *Der Massgedanke bei den griechischen Aerzten* (Gymn. LVII, 1950, 183).

18. Contra la conjetura de K. DEICHGRÄBER (*Hermes*, LXVIII, 1933, 356 s.) que proponía leer διαθεσιν en vez de la tradicional lectura αἰσθησιν, se han opuesto varios críticos, entre ellos W. MÜRI (*Hermes*, LXXI, 1936, 467), JONES (*Philosophy and Medicine*, 73) y FESTUGIERE (nota ad loc. en su edición). LAFN ENTRALGO ha añadido, a las críticas anteriores, interesantes observaciones que tienden a poner de relieve el gran papel que en el método hipocrático desempeña "la sensación que el médico tiene del cuerpo del enfermo" (*La relación médico-enfermo*, Madrid, R. O., 1964, 61, nota 28).

19. En el *Corpus* es muy frecuente la referencia a las dificultades del médico y a lo arduo que resulta no cometer errores (cfr. *Aforismos*, I, 1). GALENO recoge esta idea al afirmar que "no errar nunca es algo superior al hombre" (τὸ μηδέποτε ἀμαρτάνειν μείον ἢ κατ' ἀνθρώπων). La idea reaparece en TUCÍDIDES (I, 22).

20. La comparación entre el médico y el piloto es frecuente en la literatura griega. Cfr. PLATÓN, *Rep.*, I, 332 d; *Filebo*, 56 b, etc.

cia a las personas sanas. De entre éstas hay unas a las que les basta con comer una vez al día, y, como esto les prueba, han organizado así su vida; en cambio, a otras les es conveniente almorzar,²¹ y por la misma razón, porque les prueba. Y hay quienes, ya por placer ya por cualquier otra circunstancia, han adoptado una de estas dos formas de vida. Pues, en realidad, a la mayor parte de las personas les es absolutamente indiferente, sea la que fuere la elección que hayan hecho entre estos dos géneros de vida. Por el contrario, hay algunos que no saldrán bien librados si actúan al margen de lo que les conviene, sino que en ambos casos experimentan fuertes dolencias si cambian de régimen durante un día, aunque no sea durante el día entero. Pues si los unos, a pesar de que no les prueba, almuerzan, al punto se sienten pesados y torpes de cuerpo y de espíritu, y empiezan a bostezar, a estar sedientos y a cabecear, y si encima cenan les sobreviene flatulencia y cólico, y el vientre se les estropea. En muchos casos es esto origen de una gran dolencia, aunque sólo tomen, en dos veces, igual cantidad de alimento que el que suelen tomar de una sola vez y nada más. Por el contrario, si uno, acostumbrado a almorzar porque le prueba, deja de hacerlo, tan pronto como ha pasado la hora le sobrevendrá una terrible debilidad, un temblor, un desaliento, y, además de estos síntomas, tendrá los ojos hundidos, la orina amarillenta y más caliente, la boca agria y creará que los intestinos se le retuercen, sentirá mareos, abatimiento y astenia. Es más, cuando se disponga a cenar, la comida le sabrá mal, e incluso no podrá digerir lo que antes tomaba después del almuerzo. Y estos alimentos le provocarán, al descender, cólicos y ruidos y le inflamarán el intestino y le harán pasar una mala noche entre sueños agitados y desagradables. Para la mayoría de estas personas, además, llega a ser incluso origen de una dolencia.

XI. Hay que examinar por qué motivos se producen esos síntomas en tales personas. Por lo que respecta al que tiene el hábito de comer una sola vez al día, la cosa se debe, a mi juicio, a que no ha esperado el tiempo suficiente para que el intestino haya asimilado por completo los alimentos ingeridos el día anterior, se haya vaciado y haya reposado, sino que ha acumulado nuevos alimentos en un órgano que estaba todavía en ebullición y fermentación. Y en tales condiciones los intestinos digieren mucho más lentamente y necesitan mayor reposo y quietud. En cambio, en el caso del que está habituado a almorzar, el motivo es que no ha ingerido nuevo alimento en cuanto su cuerpo tuvo necesidad de él y hubo asimilado el anterior, y entonces, se consume y desfallece de hambre. Pues todos esos fenómenos que digo que esas personas experimentan las atribuyo al hambre. Y además, sostengo que cualquier persona que, aunque sana, estuviera dos o tres días sin comer sufriría las mismas molestias que acabo de citar a propósito de los que no han almorzado.

21. ἀριστον es la comida principal del griego, todavía considerada como un lujo por ARISTÓFANES (*Nubes*, 416).

XII. Por mi parte yo considero que las naturalezas que sufren rápida y profundamente los efectos de un error dietético son más débiles que las otras. El débil es, en efecto, quien más cerca está del enfermo; pero todavía más débil es el enfermo, y es lógico que éste sufra más cada vez que lleva una dieta desarreglada.²² Sin embargo, es harto difícil alcanzar siempre el grado de perfección absoluta en un arte en el que no existe una perfecta exactitud²³ (aunque muchas ramas de la medicina, de las que hablaré más adelante, han llegado ya a tan alta perfección).²⁴ Ahora bien, deseo insistir en que no por ello hay que desdeñar la medicina antigua, por creer que en realidad no existe, o bien porque no se ha investigado debidamente si se da el caso que no haya alcanzado la perfección en todo. Al contrario, puesto que ha sido capaz de llegar muy cerca de la perfección por medio del razonamiento a partir de una ignorancia radical, es fuerza admirar mucho más sus descubrimientos, teniendo presente que se han obtenido con un método bueno y correcto, y no por un azar.

XIII. De todas formas quiero hacer hincapié en la teoría de aquellos que, de acuerdo con los nuevos métodos, investigan el arte médico partiendo de una hipótesis. Pues si es algo caliente, frío, seco, o bien húmedo lo que perjudica al hombre, y si es preciso que quien lo trata, si quiere hacerlo correctamente, le alivie por medio de lo caliente en contra de lo frío, de lo frío frente a lo caliente, de lo seco frente a lo húmedo y de lo húmedo en contra de lo seco,²⁵ en este caso, que me proporcionen un hombre, no de los de constitución robusta, sino al contrario, más bien débil; que coma granos de trigo crudos de la era y sin cultivar; carne también cruda, y que beba agua; si esta persona sigue tal régimen, sé perfectamente que sufrirá muchas y graves molestias. Y, en efecto, sentirá dolores, se debilitará su cuerpo, se estropeará el vientre y no podrá vivir mucho tiempo. ¿Qué tratamiento hay que aplicarle, pues, a un individuo en tales circunstancias? ¿Lo caliente o lo frío, lo seco o lo húmedo? Es evidente que uno de los cuatro. Pues si lo que daña es uno de estos cuatro principios, conviene atacarlo con su contrario, según su propia tesis. Luego, el remedio más eficaz y más palpable consistirá en suprimirle los alimentos que tomaba antes y darle pan en vez de granos de trigo, y en lugar de carne cruda, carne cocida, y, tras esto, un poco de vino. ¿No es acaso posible que, al cambiar de régimen de vida recobre la salud, a no ser que estuviera acabado por completo por la excesiva duración del citado régimen? ¿Qué diremos, pues?

22. Esto es, "que se aparta del régimen habitual". Literalmente, "cada vez que obre inoportunamente". El concepto de *καρπός* tan importante en el espíritu griego (cfr. UNTERSTEINER, *La formación poética de Píndaro*, 1951, 35), juega asimismo un gran papel en el *Corpus hipocrático*.

23. La exigencia de "exactitud" en la que con tanta frecuencia se insiste en el *Corpus*, es un buen indicio del espíritu científico hipocrático. La noción reaparecerá en TUCÍDIDES.

24. Sobre las principales ramas de la medicina griega, cfr. el cuadro de PERAZZI (*Ippocrate*, Turín, 1961, 90 ss.). La anatomía era la especialidad menos desarrollada, pero con HERÓFILO, una generación después de HIPÓCRATES, la escuela alejandrina sentó las bases de una anatomía más desarrollada.

25. Se trata del método "alopático", típico de la medicina hipocrática de acuerdo con el texto *De flatibus*, 1.

¿Que lo han curado suministrándole sustancias calientes, ya que el mal le venía del frío, o será debido al caso contrario? Yo pienso que, desde luego, pondría en un grave aprieto al que se formulara esa pregunta, pues quien hace el pan ¿qué es lo que ha sustraído de los granos de trigo, lo caliente o lo frío, lo seco o lo húmedo? Pues lo que ha sido puesto al fuego y al agua y ha sido elaborado con muchísimas otras sustancias, cada una de las cuales tiene su característica y naturaleza propias, por un lado ha perdido algunas de sus propiedades naturales y por otro se ha fundido y mezclado con otras nuevas.

XIV. Cierto, yo sé muy bien que es distinto para el organismo que el pan sea elaborado con harina pura o mezclada con otras sustancias,²⁶ con granos de trigo desgranados o sin mondar; amasado con mucha agua o apenas sin amasar; cocido o más bien crudo, y otras mil cosas como esas que podría citar. Y sé que ocurre lo mismo con la masa de cebada, y que las facultades de cada sustancia son poderosas y que ninguna de ellas se parece a las otras. Quien no ha comprobado este hecho, o bien, si lo ha comprobado, no lo comprende, ¿cómo va a poder conocer algo las dolencias que afligen al hombre? Pues el hombre sufre y se altera, de un modo u otro, por cada una de esas diferencias, y de ellas depende todo su género de vida, tanto en el caso del que goza de buena salud como en el de aquel que es afectado por alguna dolencia o está enfermo. En consecuencia no puede haber tema más útil ni más digno de ser estudiado a fondo que ése, comoquiera que los primeros descubridores, tras estudiarlo con un método apropiado a la naturaleza humana, han descubierto estos principios y han considerado que este arte no tiene por qué atribuirse a un dios, como se cree. Pues una vez visto que ni lo seco ni lo húmedo, ni lo caliente ni lo frío, ni ningún otro de estos estados es lo que perjudica al hombre, y que no necesita de ninguno de ellos, sino que es la fuerza intrínseca de cada uno, demasiado fuerte para que la naturaleza humana lo asimile, fue entonces cuando comprendieron qué es lo nocivo y, en consecuencia, buscaron el medio de eliminarlo. Y, en efecto, lo más fuerte dentro de lo dulce es lo dulcísimo, dentro de lo ácido lo acidísimo, y dentro de lo agrio lo muy agrio, es decir, el grado extremo de cada uno de los elementos que existen en el cuerpo humano. Veían, pues, que estos factores coexistían en el hombre y que le perjudicaban, ya que en el interior de un solo hombre había lo salado, lo amargo, lo ácido, lo dulce, lo astringente, loroso y otras muchas cosas de propiedades varias tanto en cantidad como en calidad. Ahora bien, mientras estos elementos están mezclados y templados entre sí no destacan ni provocan dolores en el hombre; pero en cuanto alguno de ellos se separa de los demás y subsiste en estado aislado, entonces se patentiza y causa realmente dolores. Por otra parte, de entre estos alimentos que no nos convienen y cuya ingestión nos perjudica, cada uno de ellos es o amargo o salado, o ácido o destemplado y fuerte, y por esa razón nos vemos afectados por ellos, así como por

26. O sea, pan hecho de harina de varias clases de cereales. El término reaparece con frecuencia en la literatura médica posterior (DIOCLES de Caristo, DIOSCÓRIDES).

los humores que segrega nuestro cuerpo. Además, los alimentos que de ordinario comemos y bebemos son, evidentemente, los menos cargados de esta clase de jugo destemplado y excesivo, como el pan, la masa de cebada y otros alimentos derivados de ella que solemos tomar en gran cantidad. Y eso sin contar los condimentos preparados para nuestro deleite y saciedad, alimentos que, aunque los ingiramos en gran cantidad, no provocan la más mínima perturbación ni debilitación de las fuerzas del cuerpo, sino que, por el contrario, producen un aumento de vigor, desarrollo y nutrición por ninguna otra razón más que por haber sido templados y por no contener nada destemplado ni fuerte, sino por formar un todo absoluto y simple a la vez.

XV. Por lo que a mí respecta, no sé a ciencia cierta de qué manera curan a los enfermos, de acuerdo con sus mismos postulados, los que sostienen esas teorías e intentan apartar de su método a la medicina para llevarla a una hipótesis. Tales personas, me imagino, no han conseguido descubrir lo absolutamente caliente en sí²⁷ y por sí, o lo absolutamente frío, o lo puramente seco, o lo puramente húmedo, sin formar parte de ninguna otra categoría. En cambio, pienso yo que ellos tienen a su alcance los mismos alimentos y bebidas que tomamos todos, por más que atribuyan a uno la propiedad de ser caliente, al otro la de ser frío, a éste la de ser seco y a aquél la de húmedo, puesto que sería absurdo prescribir a un paciente que tomara algo caliente; y, en efecto, al punto éste preguntaría: “¿Qué cosa?”, de modo que uno se ve obligado a hablar neciamente o a recurrir a una de aquellas sustancias ya conocidas.

Ahora bien, si por casualidad resulta que algo caliente es, en realidad, astringente, otra sustancia caliente es sosa, y otra caliente también causa perturbaciones (pues no sólo hay muchas clases de sustancias calientes, sino que además contienen otras clases de propiedades opuestas las unas a las otras), entonces habrá realmente alguna diferencia en administrar de entre ellas la caliente y astringente o bien la caliente y sosa, o la fría y astringente a la vez (pues esta circunstancia puede darse), o la fría y sosa. Pues, como yo sé perfectamente, el efecto totalmente opuesto que de ellas se deriva no sólo afecta al hombre, sino incluso a un trozo de cuero,²⁸ en una madera y en muchas otras materias más insensibles que el hombre. Porque no es lo caliente lo que posee la virtud de peso, sino lo astringente y lo soso, o todas las demás cualidades que he mencionado, tanto dentro como fuera del hombre, ya se trate de comidas, de bebidas, de ungüentos o de emplastos.²⁹

27. Póngase atención a estos términos (εἶδος, ἑαυτὸ ἐφ' ἑαυτοῦ) básicos para emitir un juicio acerca de la posibilidad de que PLATÓN los haya tomado de la literatura médica de su tiempo. Cfr. JONES, *Philosophy and Medicine*, 78, y C. M. GILLESPIE, *The use of εἶδος and ἰδέα in Hippocrates* (CIG, VI, 1912, 179). Sobre εἶδος en Tucídides (y su posible origen hipocrático) cfr. WEIDAUER, *op. cit.*, 21 ss.

28. Es método habitual en la literatura hipocrática acudir a fenómenos físicos para ilustrar hechos humanos (cfr. GOMPERZ, *Hellenika*, II, 333). La misma tendencia hallamos en SÓCRATES. En la medicina empírica este procedimiento realizó importantes progresos: es el método llamado ἡ τοῦ ὁμοίου μετάβασις, sobre el cual cfr. K. DEICHGRÄBER, *Die griechische Empirikerschule*, Berlín, 1965², 301 ss.

29. Sobre el “emplasto” cfr. ΤΕΟΧΡΙΤΟ, Id., XI, 2. El idilio en cuestión está dedicado al

XVI. Yo soy del parecer que, de todas las propiedades, el frío y el calor son las que menor influencia ejercen sobre el cuerpo. Y ello por las siguientes razones:³⁰ no producen dolor en tanto que permanecen dentro del cuerpo estrechamente fundidos entre sí los dos elementos, lo frío y lo caliente, pues entonces se produce la mezcla y la moderación de lo caliente por obra del frío, y del frío por obra de lo caliente, y así sucesivamente. Mas, tan pronto uno de los dos elementos se separa enteramente del otro, provoca dolor. En cambio, en el momento preciso en que se presenta lo frío y causa al individuo algún sufrimiento, al punto, y a causa del mismo frío, se origina un flujo caliente en el propio sujeto, sin tener para ello necesidad de auxilio o tratamiento alguno.³¹ Y esto ocurre tanto en personas sanas como enfermas. Sí, por ejemplo, una persona que goza de perfecta salud decide, en invierno, refrescarse el cuerpo, ya sea bañándose en agua fría, ya de alguna otra manera, cuantas más veces repita esta operación y salvo, claro es, que su cuerpo no se hiele enteramente, una vez se ha vestido y puesto al abrigo, más y más se calentará su cuerpo. Si, en cambio, desea entrar en calor, sea por medio de un baño caliente, sea mediante una gran hoguera, y después permanece un rato con el mismo vestido y en el mismo sitio donde estaba cuando estaba enfriado, entonces se notará mucho más enfriado y sentirá muchos más escalofríos que antes.

O bien, si alguien, agobiado por un calor asfixiante, se procura por sí mismo un soplo fresco y termina de hacerlo por este procedimiento, el sudor y el calor sofocante serán diez veces más intensos que en aquel que no haya hecho ninguna de estas operaciones. Y he aquí todavía argumentos más contundentes: Quienes, por haber caminado por la nieve durante la estación invernal, tienen helados por completo los pies, las manos o la cabeza, ¡qué cantidad de molestias no sentirán por la noche (cuando estén bien arropados y recogidos en un lugar caliente) debidas a escoceduras y picores! A algunos incluso les saldrán ampollas como ocurre con los que se han quemado con fuego. Y conste que los tales no sufren estas molestias antes de calentarse: ¡tan fácilmente se pasa de un estado a otro!

Miles de ejemplos más podría citar. Y por lo que se refiere a los enfermos que sienten escalofríos ¿no es verdad que a éstos les sobrevendrá la fiebre más aguda y que, durante el tiempo en que persiste, infunde calor al cuerpo? Y ¿no es verdad, también, que después de cruzar todo el cuerpo la fiebre termina generalmente en los pies, donde precisamente el temblor y el frío duran más tiempo? Ahora bien, en desquite, cuando el individuo en cuestión haya sudado y la fiebre haya desaparecido, tendrá mucho más frío que si no lo hubiera tenido desde un principio. En consecuencia, pues, cuando se pasa rápidamente de un estado a otro que le quita al primero espontáneamente eficacia, ¿qué consecuencia podría derivarse de ello im-

médico Nicias. Por otra parte, recuérdese que se ha planteado la posibilidad de que el padre de Teócrito fuera el médico Praxágoras de Cos. Sobre la cuestión cfr. Steckerl, *The fragments of Praxagoras of Cos*, Leiden, 1958, 1 s. y Knack, *Hermes*, XXIX, 474 s.

30. El principio desarrollado aquí es paralelo de las observaciones platónicas (*Fedón*, 60 b) acerca de las interconexiones entre el dolor y el placer: no va nunca lo uno sin lo otro.

31. Esta doctrina tiene raíces heracliteas. Cfr.: 22 B 111 Diels-Kranz.

portante o grave? O bien ¿hay necesidad de mucha precaución frente a esto?

XVII. Se me podrá objetar: "Bien, pero a los que tienen fiebre provocada por calenturas o peripneumonías u otras enfermedades violentas, no les baja rápidamente la temperatura, y entonces ya no coexisten lo caliente y lo frío". Pero precisamente ésta es, a mi juicio, la mejor prueba de que esas personas no tienen fiebre debido solamente al calor, y de que no es éste el único causante del mal, sino que constituyen una sola cosa lo amargo y caliente, lo ácido y caliente, lo salado y lo caliente y otras mil combinaciones más; e, inversamente, lo frío en combinación con otras propiedades. Son éstas, pues, las circunstancias nocivas, y a ellas se añade también lo caliente, que tiene tanta fuerza cuanta tiene el factor dominante, y que se agudiza y desarrolla al mismo tiempo que aquél, pero sin poseer otra propiedad más que la suya propia.

XVIII. Que esto ocurre realmente así se comprueba con los siguientes indicios: En primer lugar, por los hechos más patentes y que todos hemos experimentado ininidad de veces y continuaremos haciéndolo: En todos aquellos de nosotros a quienes se nos ha formado un moco y se ha deslizado un flujo por las fosas nasales, este humor es, en general, más agrio que el anteriormente formado y que salía de la nariz cada día, y causa hinchazón de la nariz y la inflama con un calor en alto grado ardiente; y si se le acerca la mano y se la deja allí durante un tiempo, esta parte acaba por ulcerarse por poco carnosa y seca que sea. Ahora bien, la quemadura se va, en cierto modo, de la nariz, no cuando el flujo se ha formado ya y se ha producido la inflamación, sino después que empieza a correr más espeso y menos agrio, cocido y más fundido con él que el que se formaba primero. Entonces sí que la quemadura desaparece de veras. En otros, en cambio, este fenómeno deriva evidentemente sólo del frío, sin otra circunstancia concomitante. Pero, en todo caso, el proceso de liberación es el mismo. Es decir, en primer lugar, a partir de un enfriamiento inicial, se ha pasado a un profundo calor, luego, a partir de ese ardor, se ha enfriado, y ese proceso se ha realizado muy de prisa, sin necesidad de ebullición alguna. Los demás casos que comportan acritud e incontinenia a través de sus humores yo sostengo que se han originado del mismo modo, y que se pueden restablecer una vez los humores se han cocido y templado.

XIX. Un segundo ejemplo: los flujos que se dirigen a los ojos, y que comportan diversas y violentas acritudes, pueden lacerar los párpados, e incluso, en algunos casos, las mejillas y la parte situada debajo de los ojos por donde aquellos humores se han deslizado. Además, rompen y corroen la membrana que envuelve la pupila,³² y se producen unos dolores, quema-

32. Sobre los conocimientos anatómicos del ojo por parte de la medicina hipocrática, cfr. MAGNIEN, *Die Anatomie des Auges bei den Griechen und Römern*, Leipzig, 1879. Estos conocimientos progresaron mucho en Alejandría bajo HERÓFILO.

duras e inflamaciones terribles hasta el momento en que el líquido se ha cocido, se ha hecho más espeso y de él se ha formado una legaña. La cocción de³³ los humores se debe a la mezcla, a la temperación de unos con otros y a la ebullición común. Bajo otro aspecto, los flujos que afectan a la garganta y a consecuencia de los cuales se originan ronqueras, anginas, erisipelas³⁴ y peripneumonías. Todos estos derrames emiten, primero, humores salados, húmedos y acres, y en tales circunstancias se vigorizan las dolencias; mas una vez se han hecho más espesos, se han cocido y han perdido acritud, desaparece la fiebre y las demás dolencias que aquejaban al individuo en cuestión.

Sin duda alguna es preciso, en cada caso, tener bien presente cuál es la causa que motiva necesariamente un efecto de tal o cual clase, y con cuya transformación es fuerza que ceda el mal. En efecto, los trastornos que derivan sólo del calor en estado puro, o del frío sin relación a otra cualidad, sólo pueden desaparecer con el paso del estado caliente al frío y, viceversa, del frío al caliente, y este cambio se produce de la forma que antes he indicado.

Más aún; los otros males que aquejan al hombre son todos consecuencia de las propiedades.³⁵ En efecto, de un lado, cuando de algún modo se ha producido un derrame de sustancia amarga que nosotros llamamos bilis amarilla, ¡qué náuseas, quemaduras y flaquezas sobrevienen! Mas, una vez se ha expulsado, evacuándola ya por sí mismo, ya por medio de un medicamento, si la expulsión se hace en un momento oportuno, se libera uno visiblemente de los dolores y la fiebre. En cambio, todo el tiempo en que esos elementos permanecen en suspensión, sin cocer ni mezclarse, no hay forma de calmar los dolores ni la fiebre. Por otra parte, aquellos que han sido víctimas de acideces agudas y picantes, ¡cuántas irritaciones, cuántos mordiscos en las entrañas y en el tórax y cuánta incomodidad no soportarán! Y estas molestias no desaparecen hasta que la acidez sea limpiada, barrida y mezclada con los demás humores.

Ahora bien, la acción de cocerse y transformarse, sea para hacerse más fino, sea para hacerse más espeso, hasta formar una sola clase de jugo pasando por todas las restantes formas y especies de toda clase—de lo que se infiere que tanto las “crisis”³⁶ como el cálculo de los períodos juegan un importante papel en esta clase de dolencias—son fenómenos en los que lo frío y lo caliente son, de todos los estados, los menos soportables, pues no podrían ni descomponerse ni endurecerse. Porque, ¿cómo diremos que son

33. La cocción de los humores (πίψις) es importante doctrina hipocrática (cfr. JONES, ed. Loeb, I, LI).

34. Hoy se sabe que las erisipelas (cuyo carácter infeccioso ignora, naturalmente, HIPÓCRATES) tienden a propagarse a las mucosas y a localizarse preferentemente alrededor de los orificios de entrada.

35. Se trata de las cualidades o potencias (δυνάμεις) de las que hemos hablado en otra nota.

36. GALENO (Περὶ κρίσεως, 9, 551 Kühlewein) nos ofrece un cuidadoso análisis de la doctrina en cuestión. Distingue GALENO en las crisis cuatro momentos (ἀρχή, ἀδέρηρις, ἀμύη, παρᾶμυή). Parece que en su tiempo se discutía todavía a qué momento preciso de la dolencia había que aplicar este término específico, como se deduce de las palabras iniciales del mencionado tratado.

combinaciones cuya virtud propia es distinta según sean distintas las relaciones existentes entre ellas, cuando lo caliente no perderá calor sino al mezclarse con lo frío, y lo frío sólo al mezclarse con lo caliente? Y sin embargo, todas las demás sustancias del cuerpo humano serán tanto más dulces y mejores cuanto con mayor número de ellas se mezcle. Y el hombre se halla en las mejores condiciones cuando todo en su interior está en ebullición y en reposo sin que ninguna potencia en particular predomine.

XX. Sobre este tema, pues, creo haberme explicado suficientemente. No obstante, ciertos médicos y sabios sostienen que no es posible que conozca la medicina quien no conoce lo que es el hombre,³⁷ y que es este punto precisamente lo que debe estudiar el que se propone tratar debidamente a los enfermos. Y este razonamiento suyo apunta a la filosofía, como en EMPÉDOCLES y otros que, en sus escritos sobre la naturaleza,³⁸ estudian desde un principio qué es el hombre, cómo se ha formado y de qué está compuesto. Pero yo opino que todo cuanto se ha dicho o escrito, sea por filósofos o por médicos, acerca de la naturaleza, interesa menos a la medicina que a la pintura,³⁹ y creo además que el poseer un conocimiento certero de la naturaleza no procede de ninguna otra fuente que no sea la medicina, y que sólo es posible aprender bien este objeto tras haberse entregado por completo a la medicina y sólo a ella—y para llegar a este grado de conocimiento hace falta, afirmo, mucho esfuerzo—, y a tal objeto lo llamo yo ciencia, esto es, saber lo que es concretamente el hombre, por qué causas existe y todo lo demás. Y puesto que a mí me parece que le es imprescindible al médico conocer este punto y esforzarse al máximo por saber, si quiere cumplir un poco con su deber, qué es el hombre en relación a lo que come y bebe y al resto de su género de vida, y el efecto que se derivará de cada una de ellas para el individuo en particular, no bastará una simple constatación, como, por ejemplo, “el queso es un alimento nocivo, pues produce dolor a quien ha comido hasta hartarse de él”, sino que hará falta saber qué clase de dolor, por qué motivo, y cuál es el órgano que lo rechaza. Pues hay muchos alimentos y bebidas nocivos que no afectan de la misma manera al hombre. Sírvanos el siguiente ejemplo: “El vino puro, sin mezcla, bebido en gran cantidad, pone al hombre en tal estado”. Todos los que estuvieran enterados de lo dicho pensarían que ello es una propiedad exclusiva del vino y que es el único responsable; y en qué partes del organismo humano deja aquél sentir más sus efectos, lo sabemos ya nosotros. Una verdad de ese tipo es la que yo quisiera que se manifestara también en los restantes casos.

37. Sobre este punto de la doctrina hipocrática cfr. PLATÓN, *Fedro*. Constituye uno de los puntos esenciales de la “cuestión hipocrática” decidir si realmente es esta la doctrina del maestro. Cfr. DILLER, *Stand und Aufgabe der Hippokratesforschung* (Jahr. der Akad. der Wiss. Mainz, 1959).

38. De EMPÉDOCLES deriva, como se sabe, la llamada escuela siciliana de medicina, cuyas figuras básicas son ACRÓN y FILISTRÓN, y que tanto habría de influir en médicos como DIOCLES de Caristo. Por otra parte, es posible que la doctrina aquí atacada sea la expuesta en el tratado *περὶ τροφῆς*. Cfr. GOMPERZ, *Apologie der Heilkunst*, 184, nota 1 y COSARTINI, *RFIC*, XXXVII, 162 s.

39. O, según otra interpretación, “el arte de escribir”. Hay que excluir la opinión de JONES (ed. Loeb, I, 53, nota), que traduce “literatura”.

Así pues, el queso — ya que antes he avanzado este ejemplo — no perjudica a todos los hombres por igual, sino que hay quienes, pese a hartarse con él, no sufren trastornos en lo más mínimo por ello, sino todo lo contrario, a quienes les sienta bien les proporciona fuerza y vigor admirables. En cambio, hay otros a quienes les sienta muy mal.

Las constituciones, pues, difieren mucho unas de otras, y la diferencia radica precisamente en lo que hay de incompatible con el queso en el organismo humano. En consecuencia, en los que este humor predomina y ejerce una mayor influencia en su organismo, es lógico que les sobrevengan mayores dolencias. Y si, en realidad, el queso fuera malo por naturaleza al hombre, a todos perjudicaría por igual. Y quien supiera bien estas cosas no tendría que sufrir las consecuencias.

XXI. En las convalecencias de las enfermedades, por ejemplo, e incluso en las enfermedades prolongadas,⁴⁰ se producen muchos trastornos, unos de forma espontánea, otros por efecto de los alimentos ingeridos. Y si se da el caso de que en la fecha en que esto ha ocurrido el enfermo ha innovado en su tratamiento, sea haberse dado un baño, dar un paseo o haber comido algo fuera de lo normal, y que todas esas innovaciones le hacen más bien que mal, sé que la mayor parte de los médicos, al igual que los profanos, no atribuyen la causa menos a uno que a otro de estos fenómenos, sino que, ignorando el verdadero motivo, prescribirán lo que, según el caso, haya sido más provechoso. Mas no es así como hay que actuar, sino indagar qué efecto provocará un baño tomado a deshora, o cuál será el motivado por un cansancio. Pues jamás son iguales las molestias derivadas de uno y otro de aquellos hechos, como tampoco es igual la que deriva de la hartura de tal o cual alimento. En consecuencia, quien no sepa cómo reacciona el hombre frente a cada uno de estos hechos ni podrá conocer los efectos que de ello se derivan ni hacer el debido uso de tales tratamientos.

XXII. A propósito de la enfermedad hay que saber, asimismo, a mi juicio, cuáles son efecto de las propiedades y cuáles de las estructuras. Quiero decir: por propiedades entiendo las características más sobresalientes y la fuerza de los humores, y por estructura todo lo que hay en el hombre; pues hay órganos cóncavos y otros que, de anchos, se estrechan, otros abiertos, los hay duros y esféricos, o bien planos y flotantes, o extendidos, alargados, compactos, flojos e hinchados o bien esponjosos y finos. Ahora bien, ¿cuáles de esos órganos tendrán más capacidad para arrastrar y atraer hacia sí la humedad del resto del cuerpo, los huecos y desplegados, los duros y redondos, o los huecos y que, de anchos, se van estrechando? Yo me inclino por estos últimos, esto es, los que de anchos se van estrechando. Hay que notar esto por medio de los signos exteriores, que son bien visibles. Por un lado, si uno permanece con la boca abierta un rato no podrá aspirar ningún líquido; en cambio, si se mueven y acercan los labios y se contrae la boca y se aplica a un tubo, entonces se podrá aspirar fácilmente lo que se quiera. Por otro

40. "Subagudas" en la terminología médica actual.

lado, las ventosas, una vez aplicadas (y éstas se van estrechando, si bien empiezan por ser anchas), se han inventado para sacar el humor fuera de la carne y aspirarlo, al igual que otros muchos instrumentos de este tipo. Pues bien, de los órganos del hombre, son de esta clase la vejiga y la cabeza, y, en las mujeres, la matriz. Éstos son, evidentemente, los que más aspiran y los que están siempre llenos del fluido que procede del exterior. En cambio, los órganos cóncavos y estirados podrán recibir mejor que otro cualquiera la fluidez que se deslice a través de ellos, pero no podrán aspirarla con la misma facilidad. Los duros y esféricos no podrán ni aspirarla ni recibirla mientras corre en su interior, ya que el líquido se deslizaría alrededor de ellos sin tener sitio en donde asentarse. Los esponjosos y delgados, como el bazo, el pulmón y los pechos, serán los más indicados para absorber los fluidos localizados cerca de ellos y para dejarse endurecer y desarrollarse gracias a esta afluencia de líquido en el interior de sus tejidos. Y no sucederá lo mismo que ocurre con el vientre, el cual siempre que en su interior hay un líquido lo envuelve desde fuera y cada día lo expulsa, sino que aquellos órganos, una vez lo han bebido y recibido en su interior, llenos por completo los vacíos y los intersticios, incluso los más pequeños, en vez de blandos y delgados se vuelven duros y compactos, y ya no lo digieren ni lo evacuan.

He aquí lo que les ocurre por la naturaleza de su estructura. Todo cuanto provoca en el cuerpo vientos y cólicos, es lógico que provoque también en las partes huecas y anchas, como el vientre y el pecho, ruidos y una especie de murmullo. En efecto, si no ha sido llenado lo suficientemente para poder permanecer en reposo, sino que deja sitio libre para que el vientre cambie de posición y se mueva, forzosamente provendrán de él ruidos y movimientos perceptibles.⁴¹ Y en cuanto a los carnosos y tiernos, en esa clase se produce el embotamiento y obstrucción, como ocurre en los casos en que se tienen los conductos atascados. Y siempre que los gases van a dar con un órgano corpulento que se les resiste y les hace frente y que, no obstante, da la casualidad que no es de constitución lo bastante fuerte para poder resistir su ímpetu y soportar algún daño, como tampoco es lo bastante blando y poroso para acogerlos y dejarles sitio, sino que es tierno, inflado, lleno de sangre y compacto, como el hígado, entonces, gracias a su densidad y corpulencia, por un lado resiste sin ceder en tanto que el viento que afluye se acrecienta y vigoriza y arremete con más violencia contra su adversario; pero, por otro lado, debido a su blandura y a la sangre que contiene, no puede pasar sin sufrir un poco, y por esas razones se producen en ese órgano no sólo frecuentes y agudos dolores, sino también gran número de abscesos y tumores. También se producen violentos dolores debajo del diafragma, pero mucho menos que en los casos anteriores, ya que la disposición del diafragma es ancha y resistente, aunque, por otra parte, su naturaleza es más nerviosa y robusta, por lo que es también menos sensible al dolor. Sin embargo, también a su alrededor se dejan sentir los dolores y tumores.

41. Conviene parar atención sobre el valor de este capítulo para establecer las relaciones entre el *Corpus* y las doctrinas de PRAXÁGORAS (cfr. STECKERL, *op. cit.*, 42 s.).

XXIII. Hay todavía muchas otras clases de estructuras, tanto en el interior como en el exterior del cuerpo, estructuras que difieren mucho las unas de las otras en relación con las sensaciones que experimenta tanto el enfermo como el que está sano, como ocurre con la cabeza: Las hay grandes y pequeñas. O con el cuello: los hay finos y los hay gruesos, largos y cortos; vientres alargados o esféricos, tórax y costados anchos y estrechos, y mil ejemplos más, de todos los cuales hay que saber en qué difieren para que, estando al corriente de las causas de cada caso concreto se tomen las debidas precauciones.

XXIV. Acerca del examen de las propiedades de los humores, hay que examinar, como he dicho más arriba, qué influencia ejerce cada una de ellas sobre el hombre y qué afinidades existen entre ellas. Voy a poner el siguiente ejemplo: si un humor dulce se transformara, no a consecuencia de una mezcla, sino por haber salido espontáneamente de su estado ordinario, ¿de qué naturaleza será primero, amargo o salado, astringente o ácido? Yo creo que ácido. Luego, si es verdad que el dulce es el menos apropiado de todos ellos, el ácido será el menos indicado del resto.⁴²

Si un hombre puede realizar con este método investigaciones sobre los fenómenos externos, será siempre capaz de escoger el mejor tratamiento. Y lo mejor es siempre lo más alejado de lo inapropiado.

42. Seguimos el texto de JONES, que creemos más inteligible. Si, en efecto, el humor dulce se convierte fácilmente en ácido, y éste es el menos apropiado, el dulce será el segundo menos apropiado.